

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 93.—BARCELONA 17 DE FEBRERO DE 1916



Ametralladora montada en un aeroplano francés

CRONICA INTERNACIONAL

I. El Canadá.—II. La actitud de Wilson.—III. Los rumores de paz

I.—El Canadá

Algunos espíritus sagaces comienzan a darse cuenta en Inglaterra de una de las principales torpezas cometidas por el Gobierno de Asquith.

La célebre doctrina de Monroe ¿admite alguna excepción? Luengos años los ingleses se han conformado con ella, como si no les interesara de cerca; siempre tenían, sin embargo, cierto escozor, y de aquí que no perdieran de vista en ningún momento la necesidad de tener una formidable flota en el Atlántico. ¿Contra quién? No era, de seguro, mirando al Brasil, ni menos todavía a la América Central. Por más que se guardaba un silencio estudiado y previsor y que se salvaban las apariencias con el pudibundo nombre de «Dominion», no dejaba de existir al Norte de la poderosa república de la América septentrional un territorio inglés, dilatadísimo y en gran parte todavía sin rendir sus riquísimos productos naturales: el Canadá, una de las joyas más valiosas del Imperio británico.

La actitud de los Estados Unidos no ha dejado nada que desear, con relación al Canadá, en la presente guerra, pero se observaba allí una cierta satisfacción cada vez que la marina inglesa sufría un desastre; se trabajó febrilmente en la fabricación de

armas y municiones, el mejor cliente de América era Inglaterra; su antigua colonia, el pueblo de la tierra que mejor conoce a los ingleses y el que antes ha perdido las costumbres y olvidado los intereses de sus progenitores, forjaba los instrumentos destructores que habían de desangrar a la nación a la que se pensaba suplantar en el dominio de los mares, aquella nación que constituía el más fuerte veto contra los planes de los americanos del Norte sobre el Oriente de Asia. La construcción del canal de Panamá acabó de abrir los ojos al pueblo inglés; sus hombres de gobierno nunca los tuvieron cerrados en lo que atañe a estas cuestiones marítimas y coloniales. No era sólo la idea legítima de lucro la que impulsaba a los yankees a proveer de artefactos de muerte a sus colegas de idioma; en el fondo, había algo más: se quería ganar la partida, sin esfuerzos, ni fatigas, ni sacrificios. Convenía que Inglaterra quedase destrozada en Occidente, para que les quedasen las manos libres a los americanos en Oriente. El premio primero y natural no era menester buscarlo al otro lado del Pacífico, ni tampoco aconsejaba la prudencia despertar el recelo de las repúblicas del centro y Sur del nuevo continente; pero, en lo tocante al Canadá ¿quién osaría disputar los derechos preferentes de la Unión? Y el Canadá

¿cuán cerca se encuentra del Asia apetecida! Si París bien valía una misa, el Canadá bien vale la diplomacia de todo un siglo y obliga a no desperdiciar ni una ocasión para que las fronteras políticas se vayan derrumbando poco a poco. Oportunidad como la presente no la podían soñar los americanos; hay que reconocer que se han valido de ella con arte supremo, porque ni han despertado suspicacias, ni han dejado de conducirse con corrección exquisita. Sería injusto pedirles más.

Pero lo que ellos no han hecho, se lo han dado los ingleses, que es bastante menos explicable. Alemania ha trastornado la serenidad de los pensadores y políticos de Londres. El Canadá, donde puede decirse que es casi desconocido el servicio militar, lleva muchos meses de estar sujeto a las demandas de apoyo que le dirige la metrópoli, y ha organizado, armado y equipado a sus expensas numerosos contingentes de voluntarios, gente fuerte, robusta y escogida. Pocos regresarán a su país; más de la mitad han rendido el máximo tributo. Resultará de esto que si en un porvenir próximo Inglaterra tuviera que defender sus derechos sobre el Canadá, el país se habría desprendido de los hombres que hubiesen constituido el nervio de su ejército, enviados contra los alemanes, y se encontraría en medianas condiciones de resistencia. La imprevisión salta a la vista. El propietario del árbol es quien comienza a desgajar el fruto que un rival aguarda pacientemente que caiga maduro, para apropiárselo sin fatigas.

En estas condiciones, se comprende el deplorable efecto que ha causado en Inglaterra el congreso panamericano recientemente celebrado en Washington. Aunque esta reunión debía de tener oficialmente un carácter científico, en realidad las discusiones versaron exclusivamente sobre asuntos políticos y comerciales de aquel hemisferio. Las conclusiones aprobadas se resumieron en garantías de la independencia e integridad territorial de todas las Repúblicas; someter a un arbitraje los desacuerdos entre ellas; y prohibir que ningún Estado proteja ni auxilie los movimientos revolucionarios que estallen en los vecinos. Ni que decir tiene que Inglaterra no fué invitada a tomar parte en el Congreso, como si el Canadá, Terranova, las Indias occidentales y las pequeñas colonias británicas no estuviesen en América.

Los ingleses no se dieron al pronto por enterados; pero la oficiosidad indiscreta de algunos periódicos norteamericanos que defienden con entusiasmo la causa del Imperio, les ha puesto en el caso de manifestar su malhumor. ¿Por qué no se ha contado con Inglaterra?, preguntan aquellos. ¿Acaso Inglaterra es extranjera en América? No era necesaria la respuesta para que la opinión americana se manifestara; la simple constitución y las tareas del Congreso la daban a conocer con claridad. Para los americanos, la doctrina de Monroe no será un hecho, mientras el pabellón británico ondee en el Nuevo Continente. Si los ingleses, endiosados, han creído otra cosa, se han equivocado, no se han dado cuenta de la realidad. Norte América no les ha dicho nada, sencillamente porque no ha llegado aún el momento de obrar; el deseo, el pensamiento, son claros, explícitos, no admiten componendas ni tergiversaciones.

Londres, que al fin se percata del peligro, tanto

más seguro cuanto más remoto, se arrepiente de haber debilitado su fuerza en el Canadá y de haber sembrado en este dominio un principio de descontento, porque la masa de los canadienses veía con simpatía la tutela inglesa porque les deparaba prestigio, importancia y grandes beneficios económicos; creía aquel pueblo que no tendría que intervenir en disputas guerreras que no le atañen, y ahora no se le oculta que, terminado el presente conflicto, Inglaterra habrá de afrontar otro, y otro y otro, y en todos ellos se derramará sangre canadiense y se gastará dinero canadiense. El actual estado de cosas será y está siendo una carga y no una ventaja, de suerte que a la debilitación material se suma un comienzo de desacuerdo en los espíritus y los intereses. Nadie hubiera creído que Inglaterra obrara con tan poca reflexión y que su odio a Alemania la impulsara a cavar ella misma la tumba en que ha de enterrarse su grandeza. La culpa recae exclusivamente sobre sí propia y es hija de su desmedida soberbia, que le llevó a la convicción, que va perdiendo, de que era omnipotente y podía doblegar a sus mandatos a todos los pueblos de la tierra. En el mundo hay mucho más que Inglaterra; ésta lo aprende, por fin.

II.—La actitud de Wilson

No ha sido Mr. Wilson de los presidentes más locuaces que han tenido los Estados Unidos, pero sí uno de los más prudentes y moderados en sus juicios; hombre reflexivo y tenaz, y poco dado a dejarse llevar por la pasión, las negociaciones, en extremo difíciles y delicadas, que ha sostenido con Inglaterra, Alemania y Austria le han acreditado de hábil diplomático, aunque no de los de la escuela antigua, que atendían preferentemente a las sutilidades y argucias, anteponiéndolas al meollo y substancia del asunto. Es la antítesis de mister Grey. Por eso han tenido grande y merecida resonancia sus recientes y repetidas declaraciones sobre los peligros que se cierren para los Estados Unidos en el horizonte internacional, y sus advertencias sobre la posibilidad de tener que intervenir con las armas en el momento menos pensado.

Los periódicos y diplomáticos británicos se han complacido en todo tiempo en cubrir de flores al Presidente, hasta en los momentos de más acritud en las negociaciones; es mucho enemigo el norteamericano para atreverse con él. Los alemanes, más rudos, le han demostrado a menudo su desagrado y el poco temor que les inspira.

Pero el toque de clarín guerrero que ha brotado de los labios del Presidente, ha tenido la virtud inaudita de complacer a tirios y troyanos; cada partido cree que las amenazas se dirigen al otro. ¿Lo creen ambos de buena fe? A juzgar por los antecedentes, los alemanes manifiestan su sentir real, mientras que los ingleses aparentan una satisfacción que no comparten. Alguien se equivoca; ¿serán los dos? Si algo puede tenerse por cierto es que los Estados Unidos no obrarán a favor de este o aquel, sino en defensa del interés propio, y en este concepto, tienen más puntos de coincidencia con los alemanes que con los ingleses.

Merece ser registrado el fenómeno de que en los Estados Unidos, lo mismo que en otros, en muchos

países neutrales, se han extendido considerablemente las simpatías pro Alemania en los últimos meses. Ya era hora que se produjera una reacción contra las campañas periodísticas, tan apasionadas y amañadas, de los aliados. Con todo, los Estados Unidos caerán del lado que dicten sus conveniencias.

Hay que desear, en bien de la humanidad, que no ocurra esta nueva desgracia. El mundo pacífico ve en la Unión norteamericana el juez de campo que podría, si quisiera, interrumpir el duelo. Su iniciativa en este sentido sería apoyada en el acto por no pocos Estados, víctimas inocentes de la guerra, y los combatientes, agotados, tendrían que inclinarse ante la aparición de nuevas fuerzas intactas. ¿Aludirán a esta eventualidad los discursos del Presidente? En estos tiempos fallan casi siempre los optimismos; no parece sino que aún no se han desatado bastantes calamidades sobre nuestro planeta.

La grande incógnita está en el bloqueo. Si por fin lo implantan los aliados y lo sostienen con vigor, los Estados Unidos definirán su actitud. No faltan, también, quienes creen que en el fondo todo se reducirá a una cuestión comercial, y que lo que se persigue es la obtención de nuevas y más importantes ventajas económicas. Por nuestra parte, opinamos que, por ahora, no debe de atribuirse gran trascendencia a las manifestaciones de Wilson, ni tomarlas muy al pie de la letra. Anuncia algunos triunfos, pero no descubre el juego. Como aviso, nadie dirá que es inoportuno.

III.—Los rumores de paz

Los periódicos alemanes, rusos, ingleses y algo también los franceses e italianos, están entregados al mismo juego: el enemigo—el enemigo de cada cual—ha efectuado solapados trabajos para llegar a la paz, pero nuestra resolución, inquebrantable, de proseguir la guerra hasta alcanzar la victoria, ha hecho fracasar sus intentos. Es decir, que todos hablan de la paz para negarla, y cada cual atribuye la iniciativa a su adversario. La habilidad es infantil; el observador desapasionado ha de concluir que la paz es un ardiente deseo de todos los beligerantes, sin excepción, pero que nadie quiere dar el primer paso, y se arbitra el medio de que sea el adversario quien abra las negociaciones. Un resto de pudor mal entendido continúa abiertas las heridas por las cuales está sangrando la mayor porción de Europa. Los unos porque hasta ahora son vencedores y temen perder su ascendiente moral si pronuncian la palabra bienhechora, los otros porque sospechan que se les aplicará la ley del vencido, todos prosiguen en armas, si bien en actitud menos guerrera que tiempo atrás. Se ha creado ya, es indudable, un estado de opinión en los países beligerantes, favorable a la terminación de la contienda. Ni franceses ni rusos creen llano y hacerero reconquistar el terreno perdido; los italianos se están ya preocupando de la posibilidad de tener que defender sus fronteras en vez de atacar las enemigas; los imperiales no sienten deseos de hacer nuevos sacrificios que serían inmensos, para internarse más en Rusia y Francia; Inglaterra... Inglaterra merece párrafo aparte.

De los Estados de la Cuádruple, es de seguro Inglaterra el que está más convencido de la imposibilidad

de derrotar a los alemanes; pero se ha apoderado de pingües territorios en Africa, espera quedarse también con la Oriental alemana, y entiende que nada pierde prolongando la guerra, pues podría ocurrir que Alemania se contentara con algo de lo que ha ganado en Europa y renunciara definitivamente a sus colonias, aunque la guerra se decidiera a su favor. Inglaterra, persuadida de la inutilidad de los esfuerzos de la Cuádruple es hoy más opuesta que nunca a la paz. Podría ésta venir de un acuerdo de los neutrales. Por desgracia, no hay que esperarlo.

El reciente nombramiento de Sturmer para el cargo de primer ministro ruso, en reemplazo de Goremykin, ha causado mal efecto en Rusia, porque representa la continuación de la política del estadista caído, de quien es íntimo amigo el nuevo. Sturmer, del partido reaccionario y uno de los más enérgicos partidarios del famoso Plehve, se había significado muy poco en los últimos años, y su imprevista elevación se atribuye al deseo de contemporizar con la Duma sin inclinarse a soluciones liberales. La causa de la paz no ha ganado con el cambio, pero tampoco ha perdido. Sturmer se encuentra en posición más libre que Goremykin para inclinarse hacia donde convenga; los síntomas son, sin embargo, contrarios a las ideas pacíficas; pero en Rusia puede surgir en el momento menos pensado un movimiento de opinión, más enérgico que los anteriores, que obligue a modificar el rumbo de la política internacional. Más posible es que la luz venga de este lado que de las brumosas orillas del Támesis.

F. LARIN.

GRANADAS DE MANO

(Conclusión)

Cuando se ha de lanzar la granada, se suelta la manga-timón y se pasa el lazo del cable por los dedos índice y medio de la mano, la cual ase el puño; se lleva el brazo atrás y se proyecta violentamente el proyectil hacia adelante, de modo que describa una curva muy rebajada; la granada describe una trayectoria de 30 a 40 metros, si se tiene alguna práctica.

Acerca de las granadas de mano que utiliza el ejército ruso no poseo datos; pero sí de las inglesas. El ejército británico las emplea de varios modelos, que han sido perfeccionados durante la guerra. El más importante es el que lleva el nombre de su inventor: granada de percusión Marten-Hale. Se carga con tonita (compuesto de salitre y algodón pólvora), y está formada por un tubo de latón de 4'5 centímetros de diámetro y 15 centímetros de largo, el cual, en tres quintos de su longitud, está encajado en un cilindro de hierro, de fuertes paredes, dotado de muescas bastante profundas. Estas muescas rompen el cilindro en varios segmentos casi iguales, cuando la granada estalla, y los efectos son mayores. Suele ocurrir con otros modelos, en efecto, que los cascos sean demasiado pequeños y no consigan poner fuera de combate al lesionado, lo que no sucede con el tipo Marten-Hale.

El mecanismo de fuego se atornilla en la tapa superior del tubo y consiste en un cebo y una mecha que entra en la carga. El otro extremo

del tubo de latón (figura 5) se cierra con un tapón de madera, al cual se fija un cable, deshilachado en su terminación, que tiene por objeto asegurar la caída de la granada, que pesa 625 gramos,

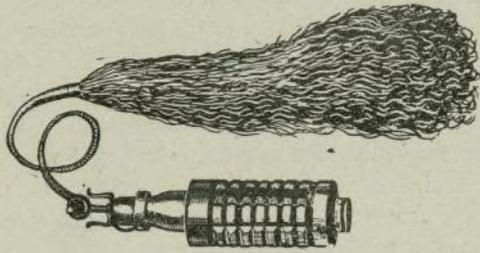


Figura 5

de cabeza, único modo de conseguir su explosión; además, sirve de guía durante el vuelo. También el cilindro de hierro pesa más en su base, con objeto de que el cebo sea el primero en chocar contra el suelo. En este momento, se oprime la cubierta, el cebo se inflama y estalla la granada, cubriendo de cascos el terreno.

Carece este modelo de un mecanismo que evite la explosión prematura, a menos de tomar la precaución de atornillar el cebo inmediatamente antes del lanzamiento. No hay garantía contra el manejo

ga va encerrada en una caja de latón, recubierta por un cilindro de acero. Al cilindro se atornilla un cilindro de latón, de paredes gruesas, cuyo extremo libre termina en un mango de madera. En este cilindro va el mecanismo de fuego. En el eje está el tirafrictor *a*, contenido en su posición normal por el pasador de seguridad *b* y el resorte *f*; en el lado opuesto se encuentra el cebo *c*, que comunica por una mecha Bickford de cinco segundos de ignición, *d*, con la cápsula *e* inmediata a la carga. Para servirse de esta granada se comienza por quitar el pasador de seguridad *b*, pero entonces todavía los toques del resorte contienen al tirafrictor y la explosión no es posible, de modo que si el granadero cae herido no hay que temer ningún accidente. Cuando se arroja con fuerza la granada, el tirafrictor vence la resistencia del resorte y cae sobre el cebo, que explota; cinco segundos después estalla la granada. Este proyectil pesa unos 950 gramos, de los cuales 170 corresponden a la carga explosiva. Puede ser lanzado a 30 ó 35 metros; los cascos se esparcen en todas direcciones y pueden ser peligrosos como en el modelo anterior.

Además de la granada Hale, emplean los ingleses otro tipo, de percusión, dibujado en la figura 7. Tiene 15 centímetros de largo, y se carga con lidita, encerrada en una caja de latón, asegurada a un fuer-



Figura 7

defectuoso y, además, puede ocurrir que estalle la granada si el lanzador es derribado a tierra por un proyectil enemigo. De aquí que no sea recomendable este modelo desde el punto de vista de la seguridad. Otro inconveniente es que los cascos son despedidos en todas direcciones y pueden herir a las tropas propias y al granadero, si no están protegidas por un parapeto. Para que los cascos no lleguen a lastimar al amigo, es menester que se arroje la granada a más de 40 metros, y para lanzarla a 45 metros o más se necesita estar muy ejercitado; de todos modos, la granada Marten-Hale resulta muy peligrosa cuando al lanzamiento de esos proyectiles sigue inmediatamente un avance.

Mucho mejor es el tipo, ideado después de comenzada la guerra, Marten-Hale, de granada de mano de percusión, que aparece en la figura 6. La car-

te mango de madera, de 30 centímetros de longitud.

A unos cinco centímetros del extremo delantero, hay un anillo de hierro que contiene el cebo y el mecanismo de inflamación. En el extremo libre del mango se sujeta una tela, especie de timón, de 90 centímetros de largo, que guía al proyectil durante el vuelo. El mecanismo de fuego se compone del pasador de seguridad *a*, que contiene al tirafrictor *b*, y del cebo *c*. Antes del lanzamiento se quita el pasador; al chocar la granada con el suelo o un obstáculo, el tirafrictor cae sobre el cebo y sobreviene la explosión.

En las marchas, las granadas se llevan pendientes del cinturón, mediante un gancho lateral. En cuanto a su manejo, este sistema adolece del mismo defecto de falta de seguridad que la granada de percusión Hale ordinaria; en realidad es todavía más peligrosa, porque la larga tira de cola que sirve de timón, puede engancharse en la cabeza o en cualquier saliente durante el vuelo.

Además de las granadas de mano de construcción normal, en todos los ejércitos se confeccionan otras con elementos improvisados, que se tienen a mano. Con este objeto, se utilizan todos los cuerpos explosivos de que puede disponerse, por lo que hay una infinidad de tipos y formas. En la figura 8 se representan algunos, de los usados en la presente guerra. Muy interesante es el *a*, que se compone sencilla-

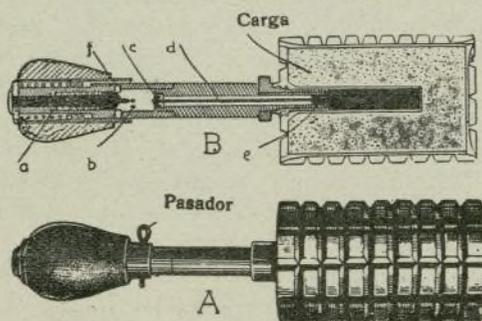


Figura 6

mente de una paleta de madera sin labrar, a la que se atan dos cartuchos de melinita.

Merece mencionarse una granada francesa que no obra por los cascotes de la explosión ni por la conmoción atmosférica, sino por los gases soporíferos que desprende. Probablemente, es el primer proyectil de esa especie aplicado en la guerra actual. Según una noticia publicada por el Ministerio de la guerra francés, tales granadas tienen la forma de huevo; su diámetro menor es de seis centímetros y de doce el mayor, y pesan 400 gramos. Para prenderlas fuego, se frota el cebo con una tela rugosa, de preparación especial. La explosión se verifica a los siete segundos.

El objeto de estas granadas de mano es hacer insostenible el lugar donde se realiza la explosión. Según aquella fuente de información, los gases no son mortíferos, sino que sólo producen un atontamiento,

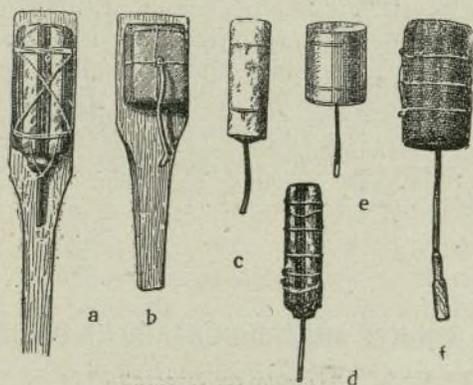


Figura 8

por lo menos en pequeñas cantidades. El efecto nocivo se desvanece pronto, y si sopla viento los gases son poco temibles. Cuando a pesar del lanzamiento de esas granadas a una trinchera, los ocupantes no la desalojan, se recomienda emprender el ataque antes de que los gases se hayan desvanecido por completo; la columna de asalto se protege con caretas. Es evidente que hay gases lacrimógenos que obran perniciosamente sobre la vista. Débese concluir que esa granada de nueva especie no es ni más ni menos que una bomba de gases. Al rebotar en el suelo y romperse, se desprende del interior de la granada un líquido que se transforma enseguida en gases, los cuales irritan los ojos, nublan la vista y hacen derramar abundantes lágrimas, impidiendo que la tropa atacada pueda utilizar los fusiles; el oído padece también. Estos efectos sólo duran algunos minutos.

Este nuevo elemento de guerra es de utilidad muy dudosa, porque todavía no sabemos que los franceses hayan alcanzado ningún éxito por el empleo de tales granadas de mano.

(De *Der Krieg*).

HANS GUNTHER

¿POR QUÉ CONTINÚA LA GUERRA?

I.—Los aliados

Dejemos a un lado Inglaterra, que está sólo a las ganancias y para la cual la amenaza es inmensa, pero aún no ha cristalizado en hechos; prescindamos de

Turquía, en la que es un hábito inveterado, un positivo placer, luchar contra los rusos y encontrarse por fin frente a frente de los ingleses; descartemos a Bulgaria, hasta ahora la más mimada por la fortuna y que sólo combatirá mientras le convenga y por lo que le convenga; Serbia y Montenegro sólo se encuentran ya en los atlas anticuados, y se necesita un poderoso esfuerzo de voluntad para pensar en Bélgica como nación. Quedan Francia, Rusia, Italia, Alemania y Austria-Hungría. ¿Tiene ninguna de ellas motivos o esperanzas razonables que les inciten a proseguir la guerra de exterminio en que se encuentran enzarzadas?

Iba Francia en pos de Alsacia y Lorena y ha perdido un territorio igual al de las dos provincias. La *revanche* tendrá que duplicar sus reivindicaciones, y a este paso llegará a comprender media república. No es este el modo más directo de llegar al objetivo. En diez y siete meses y teniendo a su lado un millón de ingleses y cuarenta mil belgas, no ha podido recuperar nada de lo que perdió en aquel fatídico mes de agosto de 1914, en que los prusianos se rendían desfallecidos por el hambre y las avanzadas francesas ponían en dispersión a los regimientos alemanes (!); lo poco que sus tropas han avanzado en unos puntos, lo han perdido en otros. Lo más que Francia puede esperar es empujar al enemigo hasta la frontera, quedar como estaba antes de la aventura, y para esto ¡cuántos sacrificios, cuánta sangre tendría que derramar! Mas no necesita apelar a procedimientos tan enérgicos, porque para nadie es un secreto que Alemania se ha prestado siempre a devolverle lo que ha ganado en buena lid; es muy posible que no sea tan generosa dentro de seis meses, si conserva su presente situación. ¿Por qué, entonces, se obstina Francia en esta lucha cruel? Con arreglo a la mentalidad de los individuos, los pueblos constan de tres clases de ciudadanos: los crédulos, que no piensan por su propia cuenta, sino que repiten lo que otros les apuntan; los que se forman juicio por sí mismos, pero no intervienen en los negocios públicos y poseen la abnegación del verdadero patriotismo; los que confunden y compenetran sus intereses con los de la nación. Los primeros creen a ciegas en el vencimiento económico de Alemania y esperan que en un momento dado caigan las armas de las manos de los imperiales, y los alemanes se desmayen víctimas de la inanición; son aquellos de la heroica defensa de Lieja, los que se tragaban las hazañas de dos ginetes franceses que apresaban a una compañía alemana, quienes estaban persuadidos de que los Kaiseranos entraban en Francia sin pan ni municiones, los que afirmaban la verdad de la autopsia hecha en aquel oficial prusiano, en cuyo estómago sólo se encontró un grano de cebada. ¡Oh, el ingenio francés! Los ciudadanos de la segunda categoría irían derechos a la paz; pero son patriotas, su país está invadido, y prefieren la muerte a la humillación, en tanto haya una débil esperanza; por equivocados que estén ¡respetémosles y descubrámonos ante ellos! Nosotros, en su lugar, obraríamos lo mismo; y además, compadezcámonos, porque su patriotismo les mueve a aparentar lo que no creen. La tercera especie está en manos de Inglaterra; es la que prevalece, pero un movimiento de la segunda trastornaría este orden, y Francia, sin la

especie de tutela inglesa, tomaría el camino más sabio y conveniente, el único salvador.

En Rusia hay también, como en todas partes, los tres géneros, sólo que allí la autoridad es más efectiva y la única que lleva la voz. Los humildes y los conscientes desean el término de la guerra, no la han querido nunca; pero su voluntad no puede nada. Ni ellos, ni nadie, confía en recobrar los inmensos territorios de que han sido barridos los soldados del Czar. Simultáneamente, no se les oculta que los Kaiserianos no serían tan benévolos con ellos como con los franceses, y que, en estos momentos, no sería posible la paz sin una amputación. Se conformarían, no obstante, con este sacrificio, porque a la masa general no se le alcanzan ni la finalidad ni las ventajas de la guerra; pero ¡es tan grande y tan poderosa Rusia! ¿Cómo humillarse, cuando otros más débiles—Italia y Francia—empuñan vigorosamente el acero? ¿Puede tolerarse que resurja Polonia, ni que la rica Curlandia se pierda para siempre? ¿Consentiría ningún ruso en inclinar su cabeza ante Austria?... ¡Cuán funesto es el orgullo humano, sobre todo si va acompañado por la ignorancia! Pese a su aparente fortaleza, está en Rusia el flaco de la alianza; hay unidad de sentimientos en Francia y en Italia; en Rusia no la hay ni la puede haber, por la diversidad de pueblos que la integran, los unos dominadores, dominados los otros; y ahí está una de las esperanzas más firmes de la paz. Rusia continúa guerreando por amor propio, porque siendo la más poderosa de las naciones del mundo, no debe de ser la primera en rendir la cerviz. Tal vez si los turcos no estuvieran por medio, Rusia se mostraría más conciliadora; ser derrotada, aunque sea indirectamente, por los turcos ¡jamás!

Hubo en Italia cierto entusiasmo fugaz en los primeros momentos de la guerra. La meta era fácil de alcanzar, y satisfacía mucho el amor propio el hombrearse, de igual a igual, con los ejércitos más formidables de la tierra. La sonora prosa de los partes oficiales mantuvo enardecidos los ánimos. Trento estaba al alcance de la mano; Gorizia iba a caer en agosto, y luego en septiembre, en octubre, en noviembre... Ardiente es la imaginación y poderosa la fantasía del pueblo del Lacio, pero el Isonzo resultó demasiado duro, y las estupendas proezas realizadas en los montes de tres mil metros de altura acabaron por no conmover más que al poeta nacional. La marina no buscó ocasión de averiguar si había alguna Lisa italiana; los entusiasmos provocados por los difíciles (!) desembarcos en Albania hicieron más trágica la aparición de la bandera austriaca en el monte Lovcen; a duras penas tascan el freno, grandes y pequeños, viéndose despreciados, tratados con humillante superioridad por franceses, ingleses y rusos. La guerra ha sido un fracaso; lo reconocen todos, y no niegan, que no mejorará la situación. A diferencia de Francia y aun de Inglaterra, el pueblo italiano está más capacitado para los problemas que se relacionan con el porvenir de su patria, se da mejor cuenta de todo, tiene una percepción clara de la realidad, está convencido de que a Viena sólo se podrá ir en tiempo de paz. ¿Quiere esto decir que esté desengañado y desee el término de la guerra? Todo lo contrario. Si alguna nación desea que continúe la lucha, es sin duda Italia. ¡Ha tenido tanta suerte la

península en los últimos tiempos! Cada derrota militar se ha traducido en engrandecimiento territorial y una paz ventajosa. Mientras los poderosos anden a cintarazos, cabe la posibilidad, la probabilidad más bien, de ganar algo. En los momentos críticos, los gobernantes tendrán la habilidad suficiente para adoptar la postura que más convenga, y como el éxito es casi siempre fruto de la oportunidad, todo se reduce a estar atentos para aprovecharla cuando se presente. Lo de menos es avanzar unos cuantos kilómetros en país enemigo; lo que importa es conservarse fuerte en el momento psicológico, llegado el cual se hará lo que redunde en provecho de la patria, de modo que la guerra, se desenvuelva como quiera, termine con gloria y utilidad. Si miran a sus aliados, los italianos no andan desacertados; sus optimismos, su tranquila confianza, están justificados. Volviendo la vista a sus adversarios, cuya perseverancia de propósitos y sentimientos es notoria, puede ser que reciban un desengaño; no obstante, tan quebrantados quizás resulten los imperiales, aunque venzan, que tal vez Italia consiga, si no todo lo que apetece y en donde lo apetece, algo que le compense de sus sacrificios y de la escasa gloria militar que ha cosechado.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

(De nuestro corresponsal)

XIII

Lemberg.—Aspecto de la ciudad.—La «Rusia roja»

A pesar del empeño que ponemos en todo lo que a las artes militares y a los acontecimientos del momento se refiere, olvidamos el mundanal ruido en aras del sueño.

La claridad de la mañana deja mucho que desear aún como claridad, cuando mi compañero de coupé y yo ya estamos nuevamente de pie. A nuestro lado pasan sin cesar, en rápida marcha, trenes que vienen del frente y otros que al frente van. Es materialmente imposible obtener otra reseña sobre la dirección de los trenes. Parece que no existieran ya las otras direcciones. Yo pienso que si la guerra dura todavía largo tiempo y el frente de operaciones no se mueve mucho en otras direcciones, los hijos de Galizia olvidarán algunos nombres de puntos cardinales para substituirlos con el de «el frente». Todo el que pasa, sea cual fuere el medio de locomoción que use, va al frente o viene de él; ruido de cañones se escucha por el lado del frente, del frente corre el viento frío y vienen los malos olores y si en lontananza brilla un relámpago y se observa el zig-zag de un rayo, las gentes dicen: «llueve hacia el frente». Son consecuencias psicológicamente importantes de la guerra; pero ahora lo que nos llama la atención es la cantidad de trenes que pasan por la vía de hierro próxima a la nuestra. La mayor parte de ellos va ocupada por soldados, por supuesto; otros transportan caballos o elementos de guerra de toda naturaleza. Algunos traen heridos del frente. A veces, cuando paramos en una estación, se dejan oír las la-

mentaciones desgarradoras de los que sufren; los más, sin embargo, no exteriorizan su dolor y sólo se adivina que ocupan un tren porque en él se mueven los gorros blancos de las hermanas enfermeras.

Al fin, a las cuatro de la mañana, llegamos a Lemberg, mientras la mayor parte de los habitantes de nuestro tren están sumidos en el más profundo sueño. Sólo mi compañero de coupé y yo podemos, despiertos, darnos cuenta de nuestro arribo. La estación está totalmente quemada. Desde nuestra ventanilla nos ocupamos en adivinar dónde fué sala de espera y dónde se vendieron los billetes. A esas horas de la mañana el lugar está casi desierto. Un empleado que acaba de entrar de servicio, al parecer, según está fresco y comunicativo, nos anuncia la llegada de un grupo de prisioneros rusos en la cercanía. Vemos, en efecto, a los aludidos, que esperan las órdenes respectivas que les señalen trabajo para la jornada. Abandonamos el tren y nos dirigimos al grupo. Rientes, porque el día se presenta hermoso, y satisfechos, porque el trabajo que les espera no es agobiante, se prestan los rusos con gusto a retratarse en el objetivo de nuestros aparatos fotográficos. Mientras tanto, llenan de agua grandes pailas de una noria. En recompensa de su buena voluntad, les ofrecemos cigarrillos. Los que no han recibido se apresuran extendiendo la mano: *papiroosko, papiroosko*, dicen. Luego son conducidos por los custodios y, con gran obediencia, se van alejando sin soltar el cigarrillo de entre los labios. Al fin se han despertado los colegas. Ocupamos los automóviles enviados al efecto y nos dirigimos a la ciudad, al «Hotel de la Europe». Dámonos cita para las nueve en el «Café Renaissance», y entramos en nuestros respectivos cuartos.

A las nueve en el café. Somos recibidos por las sonrientes camareras, aunque no nos podamos entender con ellas, que son polacas y hablan en alemán, sólo las palabras que designan las bebidas, más o menos las mismas en todos los idiomas. Somos presentados a los oficiales automovilistas que nos conducirán al frente. Apenas desayunados, nos despedimos del Mayor, no sin haberle prometido antes comparecer a las cuatro p. m. en el hotel para visitar al jefe del II ejército, y nos desbandamos en todas direcciones, todos con la intención de darnos cuenta del estado que presente la ciudad después de la dominación rusa.

En general, me apresuro a decir desde luego que la ciudad no ha sufrido bajo las mechas rusas, ni bajo la acción de la artillería durante las luchas. Esto último se debe, en primer término, a la situación que guarda la ciudad. Encuéntrase en el fondo de un valle, en medio de cerros de alguna consideración, pero anchurosos y accesibles con facilidad. Las luchas se desarrollaron de cerro a cerro, a uno y otro lado de la población y ésta misma no se vió exenta del horror de balas y granadas. El único edificio quemado es la estación en su totalidad. Algunas casas adyacentes, comprendidas en el radio del incendio, alcanzaron más o menos los efectos de las llamas. Pero nada más. De los bellos y hermosos edificios contruidos por maestros italianos del siglo XVI—(es sabido que de los tiempos de la edad media no dejó nada en pie el incendio del año 1527)—todo está intacto. El palacio de estilo renacimiento en el Ring-

platz que data de aquella época; el palacio municipal más moderno, con su torre de 70 metros de altura, que permite abarcar con la vista la ciudad entera y varios kilómetros alrededor; la masa de edificios públicos e iglesias monumentales de altas torres que prestan a la población un aspecto de ciudad de iglesias, nada ha sufrido en lo más mínimo. Se conserva también—hay que anotar aparte—la rica Biblioteca, rica sobre todo en manuscritos, de que cuenta más de 10.000.

En vano recorreremos en todas direcciones, las calles estrechas de bajas casas; las noticias alarmantes y exageradas que nos pintaban a la capital de Galizia en ruinas (noticias que sólo duraron hasta la reconquista) se ven desmentidas en toda su extensión.

La ciudad de los tres obispos (católico-romano, católico-griego y rumano) presenta un aspecto de vida y regocijo. Está engalanada con banderas todavía, que ondean al aire sus colores variados. Son banderas polacas, austriacas, alemanas. El movimiento en las calles es grande, aunque el elemento militar prepondere. Indagamos con los comerciantes sobre el trato que recibieron los habitantes de parte de los rusos. Nadie se queja de él en lo más mínimo. Los habitantes gozaron de gran orden y tranquilidad, que las nuevas autoridades venidas del centro de Rusia se encargaron de guardar por recomendación especial del Zar. Todas las mercancías fueron pagadas estrictamente al contado. Lo único que sintieron los comerciantes fué la concurrencia grande de los rusos, que afluyeron en masa a Galizia apenas conquistada por sus ejércitos.

De todo esto y la manera como los rusos se portaron hasta en los más pequeños detalles, se desprende la intención seria y formal de permanecer dueños del país. La «Rusia roja» era su nombre oficial. Su capital sería Lemberg. Así verían aumentada la comunidad eslava con elementos muy importantes, como con los rutenos, pobladores predominantes de la región; sólo los judíos parece que tuvieron que lamentarse de los nuevos señores. Los demás ya se iban acostumbrando al régimen implantado. Tanto más, cuanto que se hizo con todo cuidado y orden. La administración era rusa desde arriba hasta abajo y completa en todas sus ramas.

El Zar mismo estuvo una vez de visita en sus nuevas posesiones y se regocijó de un recibimiento excelente. Con todo, la toma de Lemberg el 22 de junio por el segundo ejército austro húngaro fué un acontecimiento agradable para sus 200.000 habitantes, y las tropas fueron saludadas al entrar, con grandes muestras de simpatía. No en vano se han acostumbrado los leMBERGUENSES al señorío de los Habsburgo desde hace siglo y medio, en el cual han visto engrandecerse y embellecerse la ciudad, introducirse todos los elementos y comodidades de la civilización occidental. La corta dominación de diez meses de los rusos, en cambio, no ha dejado impresión, ni en el exterior de la ciudad, ni en las almas de sus pobladores. Fué un principio fracasado del sueño de los paneslavistas de la corte de Petrogrado.

El único recuerdo que resta de los rusos no durará mucho. Consiste especialmente en la falta de harinas, pues al retirarse los rusos las llevaron todas consigo. El pan que ahora se come es en extremo malo. Fuera de esto, la población está perfec-





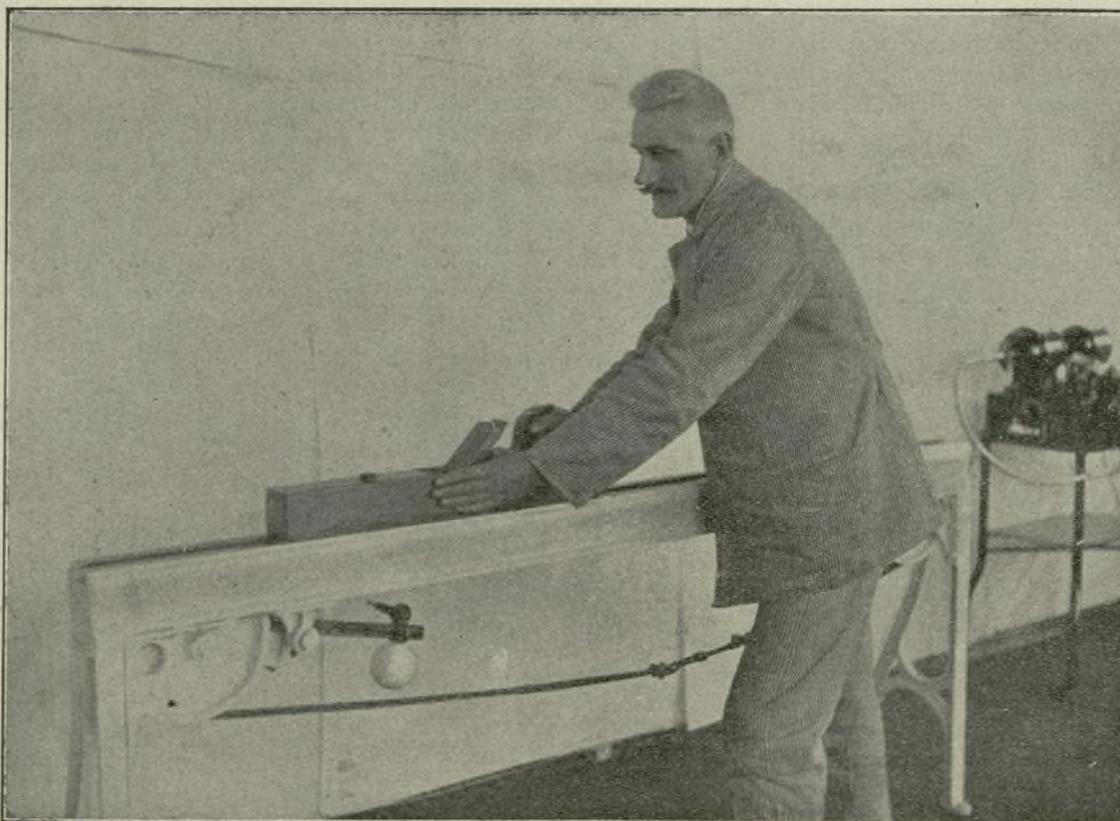
Una compañía francesa dirigiéndose a prestar servicio en las trincheras

tamente abastecida y no hay peligro alguno de carestía, según me han asegurado las personas encargadas de la materia. Los precios, un poco elevados, no se han resentido más que en otro lugar cualquiera del Imperio.

Después de vagar un poco por las calles estrechas y pintorescas de los barrios viejos y de visitar la Universidad desolada y triste y algunos museos de los

abundantes que hay, nos acogemos al primer restaurant, contentos de habernos engañado al pensar encontrar en ruinas la vieja ciudad que en el siglo XIII hizo construir el señor de Halicz para su hijo, el príncipe Leo.

Lemberg ha sido en el curso de su historia muchas veces sitiada, tomada y destruída, por tártaros, cosacos, turcos y suecos. Nunca fué tratada, segura-



Cepillo empleado en los lazaretos alemanes para recobrar la libertad de movimientos en los brazos



Patrullas de motociclistas ingleses preparándose a romper el fuego

mente, por los ejércitos que en ella entraron tan bien como en los últimos diez meses que la tuvieron los rusos y en las batallas que los precedieron y siguieron.

J. C. GUERRERO

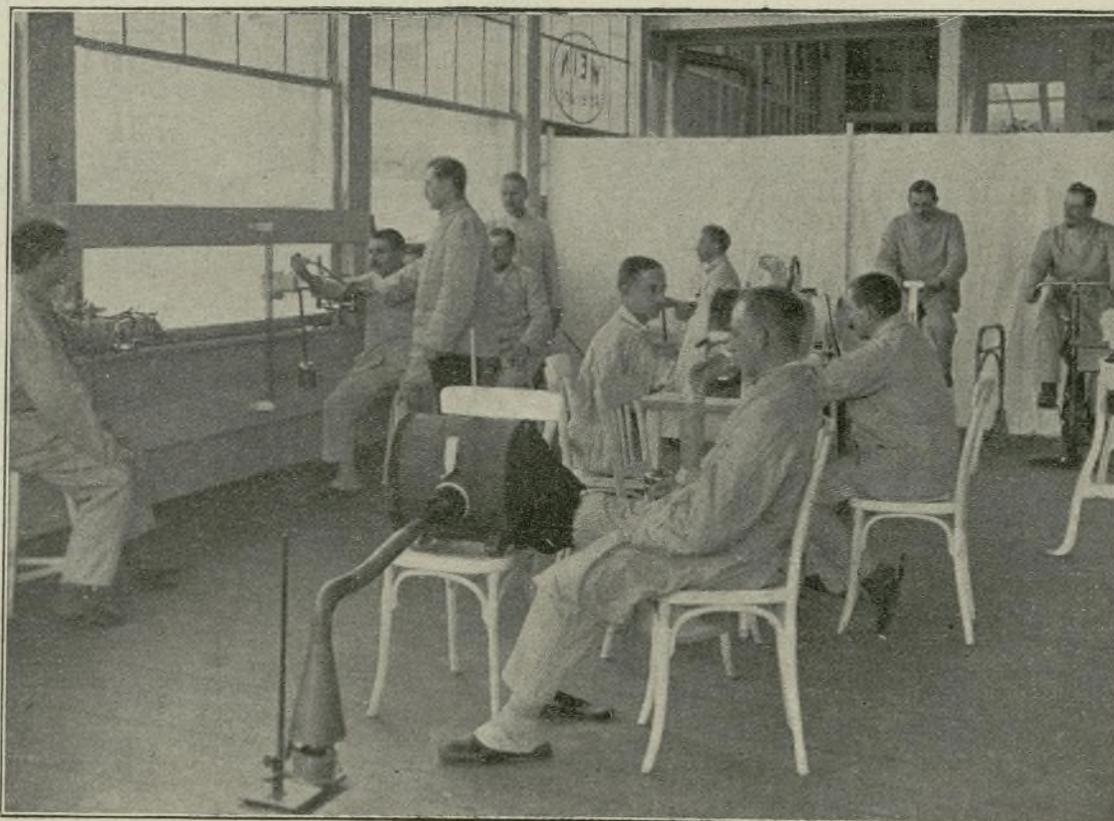
Estío de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¡Mala causa!

(El señor A).—¿No decía V., don Subrio, que los italianos no habían hecho nada por socorrer y auxiliar a los serbios y montenegrinos?

—No fuí yo, precisamente, sino los franceses e



Una sala de aparatos en un lazareto alemán

Ayuntamiento de Madrid

ingleses; pero para el caso es lo mismo. Dígame V. ¿querían trasladarse a Serbia, *via* Isonzo? El viaje es un poco largo.

(El señor A).—Bromas aparte, y aunque V. sabe que mis simpatías preferentes no van hacia aquel lado, hemos de rendir justicia a los italianos: no se les puede humanamente exigir más de lo que hicieron. Va V. a oírlo: llevaron 2.000 toneladas de víveres a Alessio y 2.500 a San Juan de Médua...

—¡4 500! ¡Eso lo lleva cualquier trasatlántico que se respete!

(El señor A).—Fué menester cruzar el Adriático, travesía peligrosísima, arriesgada...

—¿Por qué, señor A?

(El señor A).—¿Me lo pregunta V.? Podría atacar la escuadra austriaca.

—Creía yo que ese ataque es lo que deseaba la escuadra italiana, para la cual la otra es un insignificante pigmeo. ¿Hicieron algo más los italianos?

(El señor A).—¡Muchísimo! Ayudaron a transportar a los fugitivos serbios a Corfú...

—¡Gran victoria! ¿Lo sabe Annunzio y la ha incluido en sus proclamas?

(El señor A).—Los prisioneros austriacos que estaban en poder de los serbios fueron trasladados en barcos italianos a Cerdeña...

—¡Admirable! ¡Oh, manes de Horacios y Curios! ¿Hay algo más?

(El señor A).—Las familias reales de Serbia y Montenegro llegaron a Italia en barcos italianos.

—¡Rayos y truenos! ¿Quería V. que viajasen a nado? Hasta ahora, lo único que se me alcanza es que los italianos han ejercido el papel de enterradores. ¿No han dicho por qué no llevaron algunas divisiones de tropas a Montenegro?

(El señor B).—¡Ciertamente! Están comprometidos en una lucha espantosa desde el Stelvio al mar y...

—Y... y... y ¿los austriacos no? Sólo que a éstos les sobran fuerzas para derrotar a los rusos y comerse a los serbios y montenegrinos. Con tales premisas, la conclusión no falla: ¡Nuestra victoria final es indudable! Pero los franceses desconfían y se lo van a preguntar al buen rey Nicolás, que aún no sabemos si es un traditore (!) o un héroe. Lo que dirá el infeliz: tras de cornudo, apaleado.

(El señor A).—¡Oiga V., don Subrio de mis pecados! Los franceses no desconfían de nada más que de los productos de la ciencia y de la química alemanas, engaña bobos de los ignorantes...

—Doy a V. las gracias, querido *savant*, en nombre de Lloyd George.

(El señor B).—No profane V. el nombre de uno de los más ilustres...

—Estoy conforme; en elogio del señor Lloyd, que no es el de los barcos, le diré a V. que es un inglés que no lo parece, pues bien, a pesar de las opiniones de Barrés y de Maurras, muy *messieurs* míos, y de un cierto Esculapio de guardarropía que porque vió un retrato (!) de Hipócrates se metió a hablar de medicina y salió sin un hueso sano...

(El señor B).—¿Digresiones tenemos, don Subrio?

—Para que se prepare V. a bien morir; estoy haciendo de *alpini*. En un discurso recientemente pronunciado—en enero pasado—por Lloyd George, el ministro inglés de municiones dijo lo siguiente (vea

V. el original inglés): «Pienso que América y todos nosotros sabíamos que había dos Alemanias antes de la guerra. A un lado estaba la Alemania industrial, comercial e intelectual, y los tres elementos estaban admirablemente combinados. Aquella Alemania prestaba un gran servicio a la civilización. Conquistaba el mundo por los éxitos de sus métodos y de su ejemplo, y esa conquista hubiera sido un gran beneficio. Hubiera sido el medio de salvarnos de algunos de aquellos terribles males de los cuales se engendran los más de los peligros sociales de la humanidad. Como ardiente reformador social que soy, confieso espontáneamente que aprendí mucho de aquella Alemania, sobre todo en la dirección de la organización municipal y nacional».

(El señor B).—Lo que V. lee debe de ser apócrifo.

—Es nada más que la píldora, amarga, como del género alemán: al pan, al pan...; para que el auditorio la tragara, era menester echarle azúcar francés, lo que se llama dorar la píldora, y el señor George prosiguió en estos términos: «Al lado de esta Alemania que admiramos, estaba la Alemania militar; ambas, no podían vivir juntas...

(El señor B).—¡Muy bien dicho! Eso es poner el dedo en la llaga.

—Tan cierto es que, comprendiéndolo la Alemania militar, se ha trasladado a Rusia, Serbia, Francia y Bélgica, y ha dejado a la otra dentro de sus fronteras.

(El señor A).—Romperemos esa muralla, en defensa de la libertad.

—No será la de los neutrales. ¿Qué me dice V. del tono y el desprecio con que sus amigos tratan a los neutrales, porque protestan del bloqueo a la moda inglesa?

(El señor A).—Los aliados han de hacer caso omiso de semejantes clamoreos, porque ejercitan un sagrado derecho...

—¡Sí! ¡El del pataleo!

(El señor A).—Seguros y confiados en nuestra fuerza...

—Así como en el servicio obligatorio inglés, que no obliga más que a los rusos, franceses, italianos y a los pueblos que no son de raza blanca...

(El señor A).—Haremos perecer de hambre a los alemanes...

—Entonces, ¿por qué se quejan ustedes si ellos les hacen perecer de otro modo? ¿También quieren ustedes tener derecho a elegir el método de muerte? ¿No les basta con morir de rabietas? ¡Qué glotonas! Será cosa de avisar a los italianos.

(El señor A).—Don Subrio, hay días en que se pone V. imposible.

—¡Vaya, no se enfade V., señor A! Ya sé que en Francia se pasa bien y se come bien, aunque falte el champagne y escasee el hierro y el carbón.

(El señor A).—¿Qué significa esa guasa? ¿Otro ataque encubierto?

—Por algo se refugian los monarcas y los gobiernos *in partibus* en la hidalga tierra gala. ¡Cuidado, que albergan ustedes personajes de elevada categoría! Y que se portan bien con ellos, lo demuestra el buen humor de que disfrutan.

(El señor B).—Más vale estar alegre que llorar sin ton ni son.

—El son déjelo V. para el baile: es muy conveniente bailar al son que le tocan, siquiera provenga de un mortero de 42; ¿no es verdad, señor B? Pero yo me refería al gobierno belga, que entretiene sus ocios pensando en si se declarará o no en crisis. ¿Me podría V. decir qué es lo que gobierna el gobierno belga? ¡Oh, ilusión, el don máspreciado de los que no poseen nada más!

(El señor A).—¿Se atreve V. a mentar a los belgas?

—Es verdad: olvidaba que ni ingleses ni franceses se ocupan ni se acuerdan de ellos para nada; les basta ahora con los griegos.

(El señor A).—Mejor sería que también los alemanes dejasen en paz a los belgas, y no los agobiaran con contribuciones odiosas, injustas, improcedentes, nunca vistas...

—Perdone V., señor A, no tenía presente que los belgas no pagaban impuestos, ni contribuciones antes de la guerra y que allí no existía el fisco.

(El señor A).—Pero pagaban por su gusto...

—Rara avis; tenía entendido que al que no pagaba le confiscaban los bienes y le metían en la cárcel, que... en secreto... es lo mismo que hacen en todas partes, y en Alemania, que es otra parte.

(El señor A).—¡Asco y repugnancia me da que defienda V. a Alemania!

—Ni falta que le hace. ¿Por qué no echan ustedes una manita al frente occidental? Le conviene mucho, y dos campeones más no son moco de pavo. ¡Ya ve V.! Hasta han pensado en utilizar a la guardia montenegrina del rey Nicolás. ¿Tiene V. nuevas noticias de los *embusqués*? ¿Se conservan bien?

(El señor A).—En todas partes cuecen habas.

—Y que lo diga V. por muchos años, aunque sea lamentable que en la patria de Brillat Savarin tengan que cocer habas, mal contadas por más señas. Así, así, es como se regeneran las costumbres, lo cual han de agradecer a los alemanes.

(El señor A).—No me nombre V. más a los alemanes...

—Bien, le nombraré a V. el Kaiser, y, si le molesta, a los prusianos...

(El señor A).—¡Hasta en la sopa me los encuentro; no se puede vivir!

—¿Por qué no se traslada V. al país de la libertad: a Siberia? De paso, podría V. hacer una visita al Gran Duque, que el pobre está que echa venablos

desde que le han avisado que piensan enviarle, para que se distraiga, al Annunzio. ¡Se va a volver loco! Dejando a un lado las poesías ¿no me cuenta V. nada de la unidad de mando?

(El señor A).—No se le ocultará que es muy difícil; hay tantos pueblos...

—Sí, como en los tiempos de Babel. ¿Cuántos barcos perdieron ustedes por fin en Gallípoli?

(El señor A).—¡Dejéme V. en paz, con sus historias viejas y apolilladas!

—¿Ha recibido V. carta del general Sarrail? Me río de la heroica defensa de Lieja, ahora que hemos encontrado una Salónica. ¿Ha oído V. cómo califican malas lenguas el papel que están haciendo allí los aliados?

(El señor A).—¿Qué mosca le ha picado, que le ha tomado V. conmigo?

—¿Es verdad que en Francia hay un millón de inútiles de la guerra, según dicen los periódicos?

(El señor A).—¡Yo que sé lo que pasa en Francia!

—También refieren que el Gobierno paga pensiones a 1.800.000 viudas y huérfanos... gracias a la batalla del Marne. ¡Caracoles con los ríos franceses!

(El señor A).—¿No tiene V. otra cosa más útil en que emplear el tiempo? Le dije a V. en otra ocasión que no basta querer ser gracioso para conseguirlo.

—En cambio, la paciencia y la resignación son obra de la práctica; ¡quién vió aquellos gallos altivos y altaneros, y quién los vé ahora, alicaídos, con la cabeza baja, estremeciéndose, pero sin chistar, cada vez que les arrancan una pluma! Es el final de todos los jaques: comienzan escupiendo por el colmillo y concluyen siendo el regocijo del público. ¿No recuerda V. a un personaje que amenazaba con tratar a latigazos a otro, y tuvo que demandar el auxilio de éste para que le curase las llagas y cardenales que le hizo un tercer campeón? En una puerta, se inclinaba atento y cortés; en la otra, se atusaba el mostacho y ponía la cara feroche... ¡Ja, ja! ¡señor A, aún me río...! ¡De menos nos hizo Dios!

(El señor A, cogiendo su sombrero).—¡Estoy har-to de oír sandeces!

—¿Recuerda V., señor B., lo que decíamos en nuestros tiempos de latín, cuando un camarada se enfadaba, a falta de mejor razón? «*Malorum causa*, dijo David, y tiró el arpa!»

SUBRIO ESCÁPULA

CRÓNICA MILITAR

I. La oficialidad de complemento.—II. ¿Van a cambiar los métodos de guerra?—III. Precauciones contra los zeppelines.—IV. Las operaciones en el frente occidental.—V. La situación el 11 de febrero

I.—La oficialidad de complemento

Las bajas padecidas en la oficialidad de los ejércitos beligerantes son aterradoras. Los más de los oficiales que figuraban en activo al comenzar la guerra han sido muertos o están inútiles. En algunos ejércitos, la gran crisis dimanante del escaso número disponible de oficiales, se presentó a los pocos meses; otros la sortearon en términos aceptables, puede de-

cirse que satisfactoriamente; en los menos, no se llegó a presentar, ni constituyó problema.

Hasta el 9 de enero, Inglaterra ha perdido 7,801 oficiales, muertos, y 2,145 extraviados, o sean 9,946 bajas definitivas; ha tenido 14,176 heridos, de los cuales aproximadamente un cuarto no podrán dedicarse a funciones activas, resultando un total de bajas absolutas de unos 13,500 oficiales; a esta cifra hay que agregar la de los fallecidos por enfermedad,

que seguramente excede de 2,500, de suerte que ha habido necesidad de reponer 16,000 bajas de oficiales. Aparte de esto, el ejército organizado excede de dos millones de hombres, cuyo mando requiere como mínimo 45,000 oficiales. ¿Cómo Inglaterra ha podido obtener esos 61,000 oficiales, decuplicando los que por todos conceptos poseía? No preparada para una gran guerra terrestre, ni habiéndose preocupado nunca seriamente de esa eventualidad, ha tenido que recurrir a la improvisación. Abrió enseñanzas en varios centros, y otorgó el diploma de oficial a jóvenes inexpertos que seguían un curso de pocos meses, y en ocasiones sólo de semanas. El sistema, como no podía menos de suceder, ha dado deplorables resultados, sin que, a pesar de todo, se remediara la falta de jefes, porque insuficiente ya el número de los jóvenes diplomados, hubiera sido funesto ascenderlos rápidamente a jefes; y en cuanto a los del ejército territorial, de escasos conocimientos profesionales y sin aptitudes claramente patentizadas, parece que se ha fijado el término máximo de su carrera en teniente coronel. En resumen: en Inglaterra no se ha resuelto, ni en número ni en aptitud, el problema de la falta de oficiales. Dados los antecedentes y el medio, el Ministerio de la Guerra no ha podido hacer más, y es para él un motivo legítimo de orgullo haber salvado la crisis mejor o peor y conservado la capacidad combatiente del ejército, imposible de subsistir sin oficiales.

Tampoco Rusia estaba preparada; contaba con un grandísimo número de oficiales, y como se creía generalmente que no todo el ejército tomaría parte directa en la guerra, se opinaba que aquel Imperio poseía doble número de oficiales del necesario en los primeros meses de la guerra. Pero Rusia ha tenido que echar mano de todas sus fuerzas militares, incluso las del Extremo Oriente, y es claro que la crisis también la ha alcanzado, más gravemente, si cabe, por la propensión natural allí al empleo de la masa. Puesta en el caso de improvisar, le ha faltado a Rusia una primera materia culta, semi-instruida, dispuesta al mando, materia tan abundante en Inglaterra, por lo que no es de extrañar que haya obtenido resultados muchísimo peores que los de la Gran Bretaña. Los ascensos se han otorgado con prodigalidad; no son jefes lo que se echa de menos, sino oficiales; para reclutarlos, ha habido que llegar a capas sociales sin instrucción. De este estado de cosas se resiente visiblemente el ejército ruso.

Francia, con sus numerosísimos oficiales de reserva y territorial se encontraba en mejor caso. Había advertido a tiempo el peligro, se aplicó a conjurarlo y lo ha logrado. Ciertamente es que las bajas han superado a cuanto podía esperarse; pero, en compensación, el servicio obligatorio hizo pasar por las filas y mantenía en ellas muchísimos jóvenes, con instrucción militar y de la madera del mando. Los nuevos reemplazos han dado también un buen contingente de oficiales, gracias a la simplificación de los cursos profesionales y a la presentación voluntaria de los concurrentes a los centros de enseñanza superior. Francia ha salido victoriosa de la dura prueba que significa la pérdida de los más de sus oficiales de primera línea; no en vano había previsto la eventualidad.

El caso más sorprendente es el de Alemania.

Que su oficialidad ha padecido más bajas que la francesa, y probablemente también que la rusa, es indudable; además, entró en la guerra con un déficit de subalternos. Lo mismo que Francia, tenía muy nutridos sus cuadros de la reserva y de la *landsturm*, en particular en capitanes y tenientes. Es aquel uno de los ejércitos en que hay menos jefes y en que los capitanes reúnen más aptitudes para el mando de batallones y regimientos. Nada tendría de extraño que Alemania hubiera salvado la crisis en términos parecidos a Francia; lo extraño a primera vista es que, no contenta con reemplazar las bajas, haya podido enviar centenares y centenares de oficiales a los Balkanes y Asia, y que el ejército de primera línea está encuadrado por oficiales jóvenes, que se renuevan sin cesar. El misterio es un secreto a voces. Las universidades y centros de enseñanza superior son excelentes planteles de oficiales. Desde el principio de la guerra tuvo buen cuidado de no verter en filas aquellos elementos que le reportarían más utilidad en otros puestos: ya en fábricas militarizadas, ora en especulaciones científicas, bien en el mando. Abriéronse cursos, semi-obligatorios, semi-voluntarios, de enseñanza militar; obligatorios en el sentido de que ningún joven de más de 16 años podía substraerse a la llamada; voluntarios, porque a nadie se le obligaba a estudiar para oficial, ni se le admitía en el ejército antes de la edad reglamentaria. La preparación indirecta que desde la niñez recibe el muchacho alemán, facilitó extraordinariamente la implantación de este método, que, además, resulta muy agradable a los adolescentes, porque sin obligarles a un servicio efectivo, les suministraba las enseñanzas que más suelen seducir cuando se tienen pocos años. Podría decirse que todo se reducía a un juego higiénico y atractivo, sabiamente orientado por el Estado. De esta manera, ya no hay en Alemania doce ni veinte Colegios militares, sino que el Imperio entero es una escuela de soldados y oficiales. Según la especialidad de los estudios de cada uno, se le llama a servir, cuando le corresponde, en una u otra rama de la milicia. Ocioso es agregar que por este medio se robustece el patriotismo y se sostiene la propia confianza, puntos que han de tenerse muy presentes en los duros tiempos por que está pasando el Imperio. A Alemania podrán faltarle soldados algún día, si la guerra se prolonga años y años; oficiales, nunca; con ellos podría encuadrar las copiosas masas de hombres de la Turquía Asiática, que es tal vez lo que está haciendo.

No hay datos seguros de Austria-Hungría, pero es de suponer que haya imitado a su aliado, porque tampoco se observa la escasez de oficiales en su ejército. Para Italia, menos quebrantada, no ha llegado el momento de la crisis; si sobreviene, es de creer que la sabrá salvar, porque no en balde los imperiales y Francia han dado un buen ejemplo.

II.—¿Van a cambiar los métodos de guerra?

¿Se ha enterrado la estrategia en las profundas zanjas, minas y trincheras del frente occidental? ¿Ha muerto la fortificación permanente a manos de los alemanes en el teatro oriental? ¿La superioridad numérica sólo sirve para hacer más desastrosa la de-

rrota? ¿Va a ser la guerra en lo porvenir una formidable contraposición de cañones y ametralladoras? Puesto que todos los hombres útiles han de tomar parte en la lucha, y toda vez que el cuadro perma-

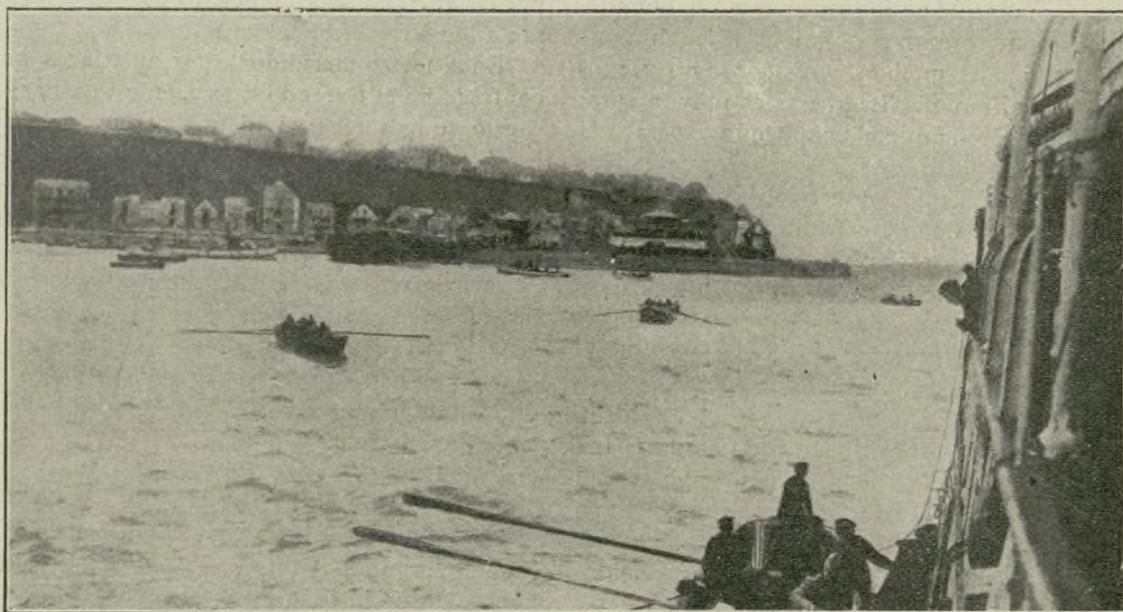
manecer en un agradable y dulce *far niente*, e improvisar cuando llegue el caso crítico? Porque la verdad es que en ese desquiciamiento de naciones parecen también los principios, que creíamos eternos,



Aspecto de las trincheras alemanas de Loos, después de un ataque de los ingleses

nente de oficiales desaparece a los dos meses de disparado el primer tiro ¿habrán de suprimirse los ejércitos, tal como ahora los entendemos, y recurrir a nuevos moldes? ¿Están demás las industrias militares y será menester militarizar desde el tiempo de paz todas las industrias del país? En las comunicaciones ¿se tendrán que posponer los intereses económicos y comerciales a las conveniencias estratégicas?

de la defensa de los Estados y del arte de la guerra; y la realidad parece a menudo reñida con el buen sentido, como si cuanto está aconteciendo fuera obra de una imaginación descarriada, calenturienta, fantástica... Tal es el cuadro y la impresión que produce esta guerra a los que se fijan en los detalles y no ahondan en las causas. Pero el cuadro no es nuevo; no ha hecho más que engrandecerse, a tenor de la



La isla de Heligoland, vista desde el S. E.

¿Es mejor el acorazado que el submarino, o éste que aquel? ¿Desaparecerán los combates de la superficie terrestre para hundirse bajo de ella o remontarse a los aires? ¿Será lo más juicioso, al fin y al cabo, per-

extensión del conflicto. Las generaciones que nos han precedido también creyeron en su época que presenciaban cosas estupendas de que se asombraría eternamente el mundo; y las que fueron novedades

y transformaciones esencialísimas, se presentan hoy a nuestros ojos como vulgares pequeñeces y tímidas innovaciones.

¿Ha ocurrido, en suma, algo que haya sobrepasado a lo que razonablemente podía esperarse? ¿Nadal Los adelantos de la ciencia se desenvuelven en progresión geométrica, el hombre dispone de más recursos y elementos cada día y los emplea en la destrucción del prójimo, para salvarse a sí mismo, sin que, a pesar de todo, hayamos advertido nada comparable a los famosos espejos ustorios del sitio de Siracusa, que no lograron perturbar la evolución sostenida de los métodos de guerra. Lo que acontece, sencillamente, es que el hombre es un sér muy apegado a sus costumbres y a la rutina, y funda sus cálculos guerreros en lo que ha visto y le han enseñado, raras veces en lo que ve y no ha sido empleado como instrumento de muerte, nunca o casi nunca en lo que, estando a su disposición, conserva la forma ruda y tosca de la materia aún no dominada. Dígalo si no el elemento bélico por antonomasia: las armas. Siglos y siglos perduraron las armas simplemente arrojadas, y no hablemos de las blancas porque son de todos los tiempos; a las piedras sustituyeron las flechas y los dardos y los venablos. ... Apareció la pólvora y surgieron las armas de explosión, en las que nos encontramos todavía y quién sabe cuántos años todavía subsistirán. No obstante, disponemos de fuerzas incomparablemente mejores, y de todas ellas la más conocida, la electricidad, guarda hace un siglo quien sepa manejarla y aprovechar sus efectos mortales. Lo que suspende hoy nuestro ánimo, parecerá juego de niños dentro de uno, de dos, de cuatro siglos, y entonces lo que sorprenderá a los que a la sazón habiten el planeta es la torpeza que demostramos no utilizando ni tratando de utilizar lo que a ellos les parecerá sencillo, evidente, casi candoroso.

Admitir como definitiva la situación creada, provisionalmente, en los tres frentes principales, equivaldría a sostener que en lo futuro ya no habrá guerras, y como esto será un mito mientras la humanidad esté dividida en pueblos y Estados, no menos falsa es aquella hipótesis. La guerra es movimiento; la historia nos enseña que el bando que esperaba la victoria de la pasividad, de la resistencia, de la fortaleza, de los obstáculos que oponía al enemigo, acababa indefectiblemente por ser aplastado; y si alguna lección evidente, incontrovertible, resplandece de las enseñanzas del pasado, es que el hombre representa siempre el elemento decisivo, en las luchas entre pueblos de civilizaciones poco diferentes; todo lo demás es accesorio, y, cuando alguna vez ha desempeñado un papel preponderante, no ha tardado en ser abatido por el ingenio de los hombres. Innumerables artificios se han ideado y puesto en práctica para obtener el triunfo; han sido eficaces en ciertas ocasiones, pero sólo transitoriamente; jamás se ha llegado ni se llegará por este camino a establecer algo sólido y duradero.

Los alemanes, obligados a la defensiva en el Aisne, y luego en todo el frente occidental, por su inferioridad numérica, supieron combinar la fortificación, las armas de fuego y los recursos que la industria les brindaba, para contener al adversario. Este, menos preparado, no acertó a oponer a lo que pare-

cía, sin serlo, nuevo método de guerra, el más adecuado, se limitó a copiar a su adversario y la guerra se paralizó. Sería pueril creer que no se encontrará el medio de romper fácilmente aquellas barreras artificiales, en las que algunos ven la panacea de protección del suelo patrio. Es de todo punto indudable que en una guerra futura no se repetirá el caso que ahora se da en los tres frentes. Obsérvese que en todos ellos son los imperiales, que asumen la iniciativa, quienes utilizan el sistema de líneas continuas para restablecer el equilibrio de fuerzas, y que el tal sistema falló en manos de los rusos, sin que ahora quepa predecir si serán más afortunados los franceses e italianos. Otras dificultades mayores han sido vencidas sin asombro de nadie. Sin necesidad de aguardar a épocas futuras, resalta con claridad que lo único que ha encontrado su tumba en las líneas atrincheradas es la voluntad del adversario, de modo que ni siquiera en la presente guerra debe aceptarse sin restricciones el principio de que los obstáculos artificiales prevalezcan sobre la voluntad, cuando se apoya en el entendimiento. Los alemanes han allanado en Rusia dificultades mayores que las que encuentran en Francia; no han realizado el mismo esfuerzo en el frente occidental, pero es porque el objetivo no estaba en relación con el precio, y, sobre todo, para juzgar con acierto esperemos el término de la guerra, porque si se desenlaza en otro teatro quedará demostrado que no había necesidad de sacrificar muchos millares de vidas en el occidental. En cuanto a los franceses, no se han propuesto aún seriamente, de todo corazón, pasar sobre la barrera artificial, que en lenguaje vulgar es un simple comodín para unos y otros: los primeros la utilizan para mover sus tropas en otros lugares, sin tener que inmovilizarlas en Francia; los segundos la aprovechan para ganar tiempo sin quedar fuera de combate, esperando que la solución venga de otro lado. En el fondo, conviene a los dos bandos lo que está aconteciendo; no seamos tan cándidos que juzguemos por las apariencias y no por los móviles que impulsan a los diversos beligerantes.

En el teatro meridional, los austriacos han encontrado en el terreno un excelente auxiliar, y, por si esto no bastara, los italianos, con un ejército más bisoño, incurrieron en la equivocación fundamental de no conocer bien al enemigo y tomar la ofensiva en todo el frente. De lo que allí ha ocurrido, no se puede inferir ninguna enseñanza nueva.

De consiguiente, no hay motivo suficiente para sospechar mudanzas esenciales en los métodos de guerra, y sería temerario fundar la preparación militar de un país en las enseñanzas parciales que se derivan de una situación forzosa, convencional, ciertamente inestable.

III.—Precauciones contra los zeppelines

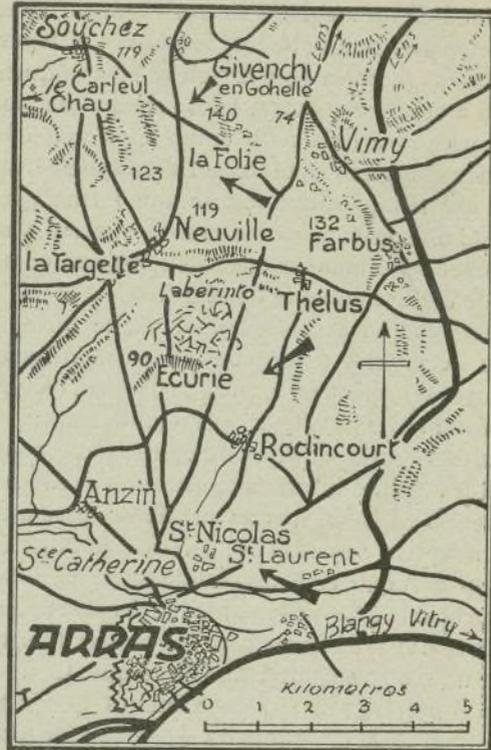
Como era de esperar, los recientes ataques de los zeppelines a París y diferentes poblaciones inglesas, han demostrado cuán ilusoria era la confianza que se había puesto en las medidas de protección adoptadas. La defensa de París, contra los ataques aéreos, comprende varias líneas de ametralladoras, cañones de tiro vertical y otras especiales, que tienen por objeto detener el avión o aeronave antes de que llegue a la capital. Potentes proyectores, y escuadrillas de

aeroplanos dispuestas en todo momento a emprender el vuelo, completan los medios de protección. Mayor confianza inspiraba, sin embargo, la protección que resultaba de la existencia del frente de batalla, a unos 80 kilómetros de París, como mínimo, pues el zeppelin ha de cruzar forzosamente sobre esta barrera y exponerse al fuego de los cañones y a las acometidas de los aeroplanos de las posiciones avanzadas. Tratando de perfeccionar los elementos de seguridad, una comisión ha estudiado qué nuevas garantías convenía emplear; provisionalmente, se ha llegado a la consecuencia de que la protección directa, la inmediata a la capital, apenas admite modificaciones ventajosas; en cambio, el enlace entre el frente de batalla y París era imperfecto, y no se tenía noticia de la aproximación del zeppelin sino cuando se encontraba a corta distancia del objetivo. Tampoco se han estimado eficaces las señales de alarma dadas a los bomberos, para avisar al público. Se ha propuesto la instalación de micrófonos potentes, cerca del frente, para que registren el ruido de los motores del zeppelin y den a conocer su presencia aunque las nubes, el estado de la atmósfera o la grande altitud a que se mueva lo hagan invisible. Es muy posible que esta medida, si se implanta, aumente los casos de alarma injustificada, sin remediar el mal que se pretende evitar.

Mucho más indefensas, que París se encuentran las costas y el interior de Inglaterra, toda vez que no las protege una línea continua fortificada. Las disposiciones que se adoptaron cuando fué señalada la presencia de los zeppelins contribuyeron a extender y acrecentar la alarma: se paralizó el movimiento de trenes, se invitó a la muchedumbre que se iba reuniendo en las estaciones a dispersarse, telefónicamente se ordenaba de una ciudad a otra la extinción del alumbrado nocturno, y todo ello sin que se dijera al público los motivos de tan desusadas precauciones. Inglaterra, más inerte que Francia, confía sobre todo en una campaña ofensiva, emprendida por sus escuadrillas de aviones contra las estaciones de dirigibles; pero es de suponer que los alemanes habrán protegido los cobertizos (hangares) con falsas cubiertas que desvíen o detengan los proyectiles lanzados desde lo alto, problema que no parece presentar extraordinarias dificultades.

IV.—Las operaciones en el frente occidental

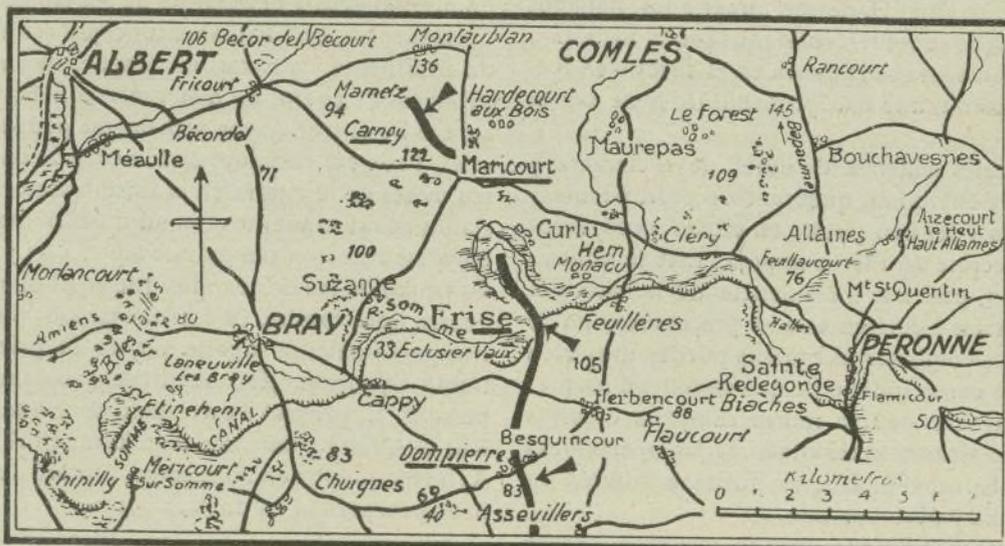
La ofensiva alemana en Arras y el Somme no fué precursora de un ataque a fondo; en sí misma, tuvo el carácter y la finalidad de otras muchas operaciones anteriores: asalto a posiciones determinadas, en las que se había amortiguado la vigilancia del defensor, con objeto de mejorar la situación propia y empeorar la del adversario. Pero aquellos combates han repercutido en otros puntos del frente, y desde que se libraron, la actividad de los alemanes



Plano del terreno donde se desarrollaron los ataques alemanes, a últimos de enero

ha recrudecido, por lo que cabe inferir que formaban parte de un plan general; ¿de ruptura de las líneas franco-inglesas? No, ciertamente

Desde septiembre acá, los aliados ejercitaban, aunque en pequeña escala, la iniciativa táctica, que ha vuelto a manos de los alemanes merced a los últimos combates; en la guerra de trincheras el atacante, cuando no obtiene un éxito de consideración, padece más bajas que el defensor, lo cual quie-



Plano del terreno donde tuvieron lugar los ataques alemanes en el valle del Somme, a últimos de enero

re decir que las pérdidas alemanas exceden a las de los aliados, hecho digno de meditación si se tiene en cuenta la gran preocupación por la economía de vidas que tiene el alto mando alemán y ser más difícil la reposición de bajas en ese ejército que en el anglo-francés. Luego si, voluntariamente, el invasor acepta esas desventajas, sin compensarlas con una victoria que merezca el nombre de tal, prueba es de que aspira a obtener algún provecho indirecto. El que desde luego se advierte consiste en que la multiplicidad de los ataques y su variedad, afirma la actitud defensiva de los aliados, les mueve a tener dispuestas sus reservas para dirigir las en cualquier momento a donde convenga, y les sujeta a una tensión de espíritu impropia para emprender una ofensiva enérgica con grandes fuerzas. De esta suerte, la actividad alemana, aunque reviste una forma agresiva, debe de interpretarse como el medio, acaso el mejor, de prevenir los ataques enemigos, esto es, como una medida eminentemente de seguridad.

Claro es que esta seguridad no se busca en el frente occidental sino para poder manifestarse la iniciativa en otro teatro, porque la precaución más elemental antes de iniciar operaciones amplias en un teatro, es asegurarse de que no corren peligro los frentes en los demás. Se está demostrando que los alemanes tienen en el O. fuerzas suficientes para atacar, y que cualquier descuido del defensor lo sabrán y podrán aprovechar; en estas condiciones, los aliados es muy probable que vacilen antes de desgarnecer grandes extensiones de frente para concentrar fuertes masas en un sector elegido como de ataque. La línea alemana no tendrá que temer—a menos que cambien radicalmente de conducta los generales aliados—en algunas semanas una fuerte presión del adversario, y nada se opondrá a preparar maniobras importantes en algún teatro. Si esta hipótesis es exacta, los alemanes continuarán todavía algún tiempo desplegando la misma actividad que en las últimas semanas.

¿Se avecina el recrudecimiento de la guerra en Rusia, Italia o los Balcanes? Todo parece indicarlo; los austriacos avanzan lentamente en Albania; no se ha emprendido el ataque a Salónica, ignorándose todavía cuáles y cuántas tropas búlgaro-germanoturcas hay en las fronteras de Grecia. Al parecer, los imperiales, que están llamando la atención de los anglo-franceses en el O. desean atraer a los italianos a Albania y que se refuercen los aliados en Salónica, como si la tormenta se fraguara en el Tirol o en Rusia. Este último reúne más probabilidades de ser el elegido.

Las terribles batallas de fines de diciembre y principios de enero han quebrantado profundamente a los rusos y les han puesto en estado poco favorable para recibir un fuerte empuje. Este se hubiera ya producido, pese a la inclemencia de la estación, si los imperiales hubiesen estado preparados; no lo estaban, y los combates en Francia pueden muy bien interpretarse como indicio de que se activan las medidas preliminares de una nueva campaña ofensiva en Rusia; no alcanza el resultado de las operaciones en el O. de Europa a lo que pueda acontecer en Egipto, Persia y Mesopotamia.

Suponiendo que el vaticinio se realice en breve plazo, los generales franceses sabrán a qué atenerse, y no concederán a la actividad alemana otra finali-

dad que la de fuegos de artificio con que se pretende cegarles. Será interesante saber si no caen en el lazo o si, por el contrario, se cohibe su voluntad y se mantienen a la defensiva por temor a debilitar sus líneas en una porción del frente. La iniciativa en el O., que andaba indecisa de un lado a otro en los últimos meses, se ha fijado una vez más en el campo alemán, como premisa necesaria de otra más amplia en un teatro diferente. Está enseñando la experiencia que cuando los alemanes se descubren en un lugar, apuntan a otro y caen sobre él con sus fuerzas principales.

Corroboración la creencia anterior la circunstancia de haberse anunciado que los aliados emprenderían la ofensiva general en abril y mayo; los escasos datos que hasta aquí llegan dan verosimilitud a estos rumores; lógico es, por consiguiente, que los imperiales, persistiendo en los métodos que tan buenos resultados les han dado, no aguarden la acometida, sino que se anticipen a ella, arrojándose contra el punto más débil. Hace mucho tiempo que se aguarda el ataque austro-alemán desde Czartorisk a la Besarabia, que podrá ser aplazado, nunca abandonado; veremos si, por fin, se realiza ahora. La actitud de Rumanía influye en esta maniobra.

V.—La situación el 11 de Febrero

Ataques y contraataques en pequeña escala y con éxito vario en el frente occidental, reinando más actividad desde el Somme al N. y la mayor calma en el sector de Ipres, ocupado por el ejército británico. Luchas de artillería en el Tirol e Isonzo, alternadas con reconocimientos efectuados por débiles destacamentos de infantería. En Rusia, menudean los encuentros locales, sin importancia; en la línea del Duina, y en algunos puntos del Strypa y Dniester han reanudado la ofensiva los rusos, aunque no con el brío y las fuerzas del mes pasado. Se insiste en la concentración de nuevos ejércitos en la frontera de Besarabia para atacar las líneas austriacas en primavera. Los austriacos han tenido algunos encuentros, favorables a sus armas, con las avanzadas de Essad Bajá y se van aproximando, aunque con lentitud, a Durazzo; también se han acercado un poco más, así como los búlgaros, a Valona. Nada más ha ocurrido en el teatro balcánico. Ha terminado la ocupación de Montenegro y el desarme de sus tropas.

Los rusos, que habían anunciado el sitio y la caída inminente de Erzerum después de su avance de primeros de enero, no han vuelto a hablar de la plaza; era de prever, y por eso no me ocupé en ello en estas *Crónicas*, después de lo ocurrido en los primeros meses de la guerra en el mismo sector. En Persia los acontecimientos toman un cariz poco favorable a los rusos; es tan grande aquel país y tan escasas las tropas de los dos bandos que en él operan, que la guerra lleva camino de eternizarse sin ventaja positiva para nadie; se supone que en la primavera entrarán en acción ejércitos turcos y rusos mejor organizados. El general Townshend continúa sitiado en Kut-el-Amara y detenido a 40 kilómetros el general Aylmer, que iba en su socorro, a pesar de que se le han incorporado algunos refuerzos.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

11 de febrero 1916.

Derechos reservados